

JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ

DOS DE MAYO

PRESENTACIÓN Y SELECCIÓN

CARLOS ZÚÑIGA SEGURA



DOS DE MAYO

POR: JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ

El 25 de abril oscurecían el claro horizonte de nuestro puerto principal las densas columnas de humo de la escuadra española. Llegaba conducida por los justicia de Dios a las mismas aguas en que, cerca de medio siglo atrás, una docena de botes independientes apresaron en el centro de otra escuadra española a la fragata “Esmeralda”, fondeada bajo los fuegos de tres fortalezas.

Faltaba mucho para que nuestras baterías estuviesen completas, o siquiera en estado de hacer frente al poder de una escuadra que contaba cerca de 300 cañones. Para resistir a una de las fragatas blindadas que montaban cada uno dos piezas de calibre de 300, y aun estas no se hallaban colocadas a la manera que en los monitores, donde el cañón y el artillero se encuentran completamente defendidos por la torre. En los nuestros se habían montado los cañones en una plataforma sobre el torreón: de modo que estaban en barbata y los artilleros se presentaban enteramente a cuerpo descubierto, teniendo que servir de blanco a la artillería enemiga. Otras cuatro piezas de artillería de calibre de 450, montadas sobre el terreno y sin fortificación alguna, completaban toda la gruesa artillería, principal defensa del puerto. El resto de las baterías constaban casi en su totalidad de cañones de 32, y había, en fin, en el fondeadero un diminuto monitor con una pieza de a 80, un pequeño vapor blindado con una pieza de a 100 y otra de 68, y dos cañones de madera que entre ambas montaban 4 piezas de pequeño calibre. Poco más de cincuenta cañones sin ninguna fortificación propiamente dicha eran toda la resistencia que necesitaban vencer los españoles. Y hay que tomar además en consideración que siendo

las piezas de grueso calibre las de más moderno invento, no era posible que las manejaran nuestros artilleros con la necesaria destreza o al menos con mediana facilidad.

El pueblo tenía la conciencia de que estos medios de defensa eran insuficientes para triunfar en un ataque vigoroso dirigido con alguna inteligencia; y si bien sabía perfectamente que en todo caso el honor del Perú tenía que ser levantado muy alto, aunque fuera sobre las ruinas del Callao, comprendió que su deber le exigía apresurarse a poner la defensa en el mejor estado en que fuera posible. A impulso de esta convicción se realizó uno de los más bellos y conmovedores espectáculos que puede presentarse jamás en pueblo alguno. Millares de ciudadanos acudieron de la capital a ayudar en los trabajos que dirigían nuestros ingenieros, distribuyendo las faenas indistintamente entre personas de todas las clases sociales. Mezclándose y confundiéndose en la tarea del patriotismo, el rico y el pobre, el alto funcionario y el jornalero, el anciano y el adolescente, el nacional y extranjero. Un ingeniero norteamericano ofrece colocar en dos días otra pieza de 450 si se le dan dos mil trabajadores. La municipalidad de Lima se dirige al pueblo en demanda de esos brazos y doble y triple número acude al instante mismo, y se ve elevarse como por encanto sobre el profundo cimiento la nueva máquina de guerra.

No fue menester el insolente y torpe manifiesto en que el incendiario de Valparaíso amenazaba con igual suerte al Callao, para que el entusiasmo público llegase a su colmo. Cada uno estaba ansioso de probar a la España y al mundo entero con algún hecho resplandeciente la inmensa distancia que hay entre la dignidad y patriotismo del pueblo peruano y los sentimientos que le han atribuido sus calumniadores. Cada cual anhelaba el momento de vengar los ultrajes del 14 de abril de 1864, 27 de enero y 5 de febrero de 1865, no es en una que otra fragata como se hizo en Abtao, sino en toda la escuadra española y sobre las mismas aguas que presenciaron el insulto. En cada pecho ardía

la indignación más profunda por el cobarde bombardeo de Valparaíso. El entusiasmo no fue bullicioso sino solemne; pero un vivo presentimiento parecía animar todos los corazones con la fe de que la mano de Dios ponía a esa criminal escuadra frente a las bocas de nuestros cañones para que triunfase la justicia y quedasen vengados los derechos de la humanidad y los fueros de la civilización.

A la intimidación del enemigo, comunicada por él al cuerpo consular, respondió éste por una protesta semejante a la que ocasionó en Valparaíso, pues si bien es cierto el Callao es una plaza fuerte, y por consiguiente hay derecho en el beligerante para abrir sus fuegos sobre ella, es cierto también que las baterías se hallaban fuera de la población, y que la única fortaleza había sido desarmada en beneficio de los neutrales, convirtiéndola en un vasto depósito de sus mercaderías. La protesta era justa y fundada en razones palpables que el jefe enemigo no podía contestar; pero ni extranjeros ni peruanos dudamos un momento de que la brutalidad española respetaría a los neutrales en el Perú tanto como lo había hecho pocos días antes en Chile.

Apresuróse el gobierno a dictar medidas protectoras del interés del comercio exterior, autorizando a los comerciantes a despachar sus efectos depositados en aduana, sin necesidad de pagar inmediatamente el valor de los derechos como era obligatorio según nuestras leyes; y se habilitaron para este servicio los días festivos. En los últimos días anteriores al ataque, se organizó una numerosa compañía de bomberos consagrada exclusivamente a velar por la conservación de los almacenes del depósito.

Mientras tanto, la capital desplegaba un lujo de sentimientos nobles y delicados dignos de servir en todo tiempo de modelo a España, y que enorgullecería a la más civilizada de las naciones.

Sería imposible enumerar los pormenores del grandioso cuadro en que se veía por una parte al gobierno abrumado por la presión de los ciudadanos, cada uno de los cuales hacía valer imperiosamente su derecho a ocupar el puesto de más peligro; y por la otra a la sociedad preparándose a derramar el bálsamo del afecto y la caridad sobre las heridas de la patria en el próximo combate. Solo citaremos los rasgos más prominentes.

Para honra de la nación, y como elocuente prueba de que sólo habían sostenido con las armas al gobierno de 1864, en fuerza de una errada apreciación de sus deberes y no de un sentimiento indigno del patriota y del ciudadano, acudieron en masa los militares rendidos el 6 de noviembre, a ofrecer su sangre a la patria en la hora suprema. Se vio entonces a jefes veteranos de todas las graduaciones servir de simples soldados, y ensoberbecerse con justicia de la espléndida vindicación que así presentaban a la República.

Numerosas compañías se organizaron para el peligroso servicio de las bombas, destinadas a proteger la ciudad contra los estragos del incendio: servicio en que se apresuraron en tomar parte los extranjeros de todas nacionalidades. La presencia de esos uniformes franceses, ingleses, alemanes, italianos, que distinguían a aquellas corporaciones de nuestros huéspedes y amigos, decía con bastante elocuencia el grado de simpatía y afecto que les ha inspirado la patria peruana. Qué mentis más elocuente se les podía pedir contra las calumnias inventadas por nuestros enemigos. Qué mejor prueba podía desear la España moderna del sentimiento que su conducta ha despertado en todas las naciones.

Hasta los niños contribuían a la defensa de la patria. Los cadetes y guardiamarinas del colegio naval y militar, después de presentarse presididos por su digno jefe a ofrecer sus servicios al jefe supremo, y no consiguiendo que se les hiciera partícipes de

la gloria a que aspiraban, desertaron en considerable número para presentarse como voluntarios en las baterías. Seis o siete de estos nobles y valientes alumnos quedaron muertos o heridos en la defensa del Callao. Los alumnos de la escuela de Artes y Oficios fundían piezas para las cureñas de los grandes cañones y proyectiles de toda especie y calibre, y se adiestraban en el manejo de las bombas de apagar incendios. Los de las otras escuelas ofrecieron toda su cooperación.

Pero lo más conmovedor era la actitud del bello sexo, de esa personificación de la caridad. Cada hogar era un taller en que se preparaban con incansable actividad los primeros elementos de alivio y salvación para los heridos. Las más distinguidas señoras se reunieron para servir en los hospitales de sangre, y fue necesario rechazar a no pocas de estas heroicas hijas de la patria que pretendían acudir en auxilio de los heridos hasta los lugares mismos que quedaban bajo los fuegos del enemigo. Estas eran las mismas esposas e hijas calumniadas por esa anónima correspondencia de la escuadra, que la prensa española no tuvo vergüenza de insertar en sus columnas. Pero, qué calumnia no encontrará acogida en España.

Organizáronse compañías para transportar los heridos desde los lugares de combate a los hospitales de sangre; otras para conducirlos desde la estación del ferrocarril hasta las casas; y algunas de estas fueron puestas por sus dueños a disposición de aquellos y preparadas para este servicio como hospitales provisionales. En todas partes se veía el simpático y noble tipo, orgullo de la civilización moderna: la hermana de caridad.

Al mismo tiempo se reunía junto con el oro del rico el óbolo del pobre para auxiliar y proteger a los huérfanos, viudas e inválidos que resultasen del combate, subiendo la inscripción popular a una suma muy considerable. En esta ocasión, como e las

anteriores, la población extranjera residente en el país se asoció al movimiento de nuestro pueblo.

Todas las clases de la sociedad sin excepción alguna contribuyeron con el esfuerzo más decidido, a que no faltase nada en cuanto la situación requería y de cuanto podían aconsejar el patriotismo, la previsión y la benevolencia.

Así el estado de la sociedad en Lima, se acercaba la hora del combate en el Callao a donde se había trasladado el gobierno. El jefe supremo asumió la dirección de las operaciones de defensa, y el secretario de la guerra, coronel D. José Gálvez, lo acompañaba en la gloriosa misión.

Buques de guerra americanos, ingleses y franceses, que ya habían despejado el fondeadero, iban a ser testigos imparciales de la contienda.

El gran duelo entre el Perú y España moderna principió el 2 de mayo a las doce del día.

Veía el jefe de la escuadra española que nuestras baterías no estaban protegidas por fortificaciones, y que los dos torreones blindados no defendían ni a los cañones ni a los artilleros, que quedaban completamente descubiertos. Pareciéle, por consiguiente, un verdadero imposible que los peruanos se estuvieran más que algunos minutos en semejantes posiciones, contra el fuego de una escuadra de 300 cañones que debían barrer toda la playa. Para hacer más rápido y completo su triunfo, prefirió acercarse a la menor distancia posible; obteniendo así toda la seguridad de las punterías y todo el efecto de los fuegos que necesitaba para apagar en pocos momentos nuestras baterías. Avanzó a toda máquina y atravesó con gran velocidad el espacio en que, según su cálculo, era evidente que recibiría los disparos de nuestros cañones de grueso calibre, sin facilidad para contestarlos. Debió ser, pues, una sorpresa tan grande

como halagüena para él observar que nuestra artillería permanecía en silencio. Si hubiese podido comprender la verdadera significación de este hecho, se habría aterrado; porque era evidente que al dejar aproximarse al enemigo cuanto quisiera, se demostraba la resolución de combatir con él a muerte y no renunciar a la victoria sino junto con la vida. Alucinado desde el principio por los motivos ya expuestos, no pudo valorizar nuestro silencio y continuó avanzando hasta tomar posiciones toda la escuadra a gran proximidad de tierra.

Rotos los fuegos por la “Numancia”, fueron inmediatamente contestados por el torreón de la Merced, donde se hallaba el secretario de guerra, y en pocos momentos se hizo general el combate en toda la línea.

Antes de una hora fue puesta fuera de combate por el torreón del Norte la “Villa de Madrid” que tuvo que ser remolcada fuera del puerto. Poco después la siguieron otras dos fragatas en igual condición, y se vio a la “Berenguela” hacer señales. Estaba yéndose a pique.

Las dos primeras horas del combate probaron al enemigo cuanto le faltaba de pericia y serenidad para poder luchar con los defensores del Perú, nivelando con las de estos sus fuerzas, a pesar de sus 300 cañones y de una fragata acorazada. La escuadra ya terriblemente averiada por nuestros proyectiles, y el servicio se hacía a bordo con tal atolondramiento, que tan pronto pedía auxilio una fragata creyéndose ya perdida, como se retiraba otra a apagar el incendio que había estallado a su bordo, o como variaba el plan de ataque, disparando, ya no contra las baterías, sino contra los almacenes de depósito de mercaderías extranjeras, y contra los edificios, hogar de las familias. Los insignificantes daños causados a estos por los fuegos españoles, prueban la turbación y desorden que se había introducido en sus buques, pues sería imposible explicar de otra manera que en una

ciudad de 30,000 habitantes fabricada en la orilla del mar, y a una distancia de 500 o 600 metros, las baterías de las fragatas no hayan podido hacer en cinco horas de combate más estragos que los que pueden repararse con un gasto de tres o cuatro mil pesos. Evidentemente había la más completa desmoralización y el más profundo abatimiento en toda la escuadra.

La única excepción fue la “Blanca”, mandada por un mejicano de nacimiento. Esta fragata combatió intrépidamente y bien, hasta que la derrota de la mayor parte de la escuadra la obligó a retirarse al puerto.

Gracias a la cortísima distancia en que se había colocado, y mientras la “Numancia” barría con su metralla toda la orilla del Sur, pudo lanzar una bomba contra el torreón de la Merced, que fue rechazada por el blindaje. Una segunda bomba lanzada del mismo buque cayó entre los dos cañones, inflamó unos soquetes de pólvora y produjo la terrible explosión en que perecieron el secretario de guerra y tantos otros valientes, honor y gloria del Perú!

Desde ese momento perdieron las defensas del Sur su principal fuerza; más a pesar de esto y que la batería de la mar brava no podía hacer fuego por la posición que ocupaba, se sostuvo sin desmayar el combate; y fueron sus cañones los últimos que dispararon sobre el enemigo derrotado y en fuga.

Acribillada, inundada de sangre, cargada de muertos y heridos, mutilada, humillada para siempre, sin haber podido desmontar un solo cañón, sin apresar o destruir siquiera un bote peruano, o demoler una sola choza del Callao, la escuadra española huía a guarecerse a una isla desierta no pudiendo quedarse en el campo del honor!

Diez días permaneció en la isla San Lorenzo reparando los estragos causados por los proyectiles, abriendo sepulcros para

las doscientas víctimas que sacó del combate, curando a sus numerosos heridos, y disponiéndose a abandonar las aguas del Pacífico.

Jamás se había acercado a tierra, desde el rompimiento de las hostilidades, sino para ser invariablemente rechazada, como sucedió en diversos lugares de la costa de Chile. Jamás se había puesto al alcance de los cañones de la marina aliada, sino para sufrir vergonzosos desastres. En fin, después del cobarde bombardeo de Valparaíso, deshonra eterna de España, llegó al Callao a sufrir la derrota más clásica que registran los anales de la marina española en América.

Para engañar una vez más la opinión de pueblos y gobiernos, y conservar el resto de prestigio que se imagina tener la España, dirigió el jefe español una circular anunciando la terminación del bloqueo y la partida de la escuadra, por haber castigado al Perú.

El hecho mismo de retirarse cuando las baterías de tierra, la escuadrilla fondeada en el puerto, y toda la ciudad, se conservaban tan intactas como antes del combate, es la prueba mas evidente de que la escuadra española no se retiraba, huía.

El parte oficial del comodoro americano a su gobierno es otro testimonio irrecusable de la verdad. Los representantes de todas las naciones que presenciaron el ataque y la defensa, muchos de los cuales felicitaron al jefe supremo por la espléndida victoria alcanzada el 2 de mayo, confirman plenamente la apreciación de ese respetable marino. Por último, cuarenta mil extranjeros residentes en Lima y el Callao son testigos de la escrupulosa exactitud de esta narración.

La escuadra española no se atrevió a renovar el ataque. Desvanecida su primera ilusión de que no resistirían los peruanos con solo 50 piezas y sin fortificaciones, adquirió la conciencia de su inferioridad y tuvo miedo. Se apresuró a huir,

porque ya era tiempo de que llegase de Chile la escuadra aliada reforzada con los blindados peruanos “Huáscar” e “Independencia” y tuvo miedo de ser apresada por ella.

Tal es la verdad. Si hubiese podido sospechar que el Callao opondría una seria resistencia, la escuadra enemiga no lo habría atacado jamás. Así lo prueba la cobardía desplegada por ella en toda la campaña del Pacífico. Valerosa para apoderarse de islas indefensas y para incendiar una ciudad desarmada, arrió cobardemente su bandera en la “Covadonga”, fugó cobardemente en Abtao, y abandonó más cobardemente todavía la bahía del Callao y las aguas del Pacífico.

(De: “El Perú y la Escuadra Moderna”. Imprenta de “El Nacional”, Lima, 1866).

JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ

POR: CARLOS ZÚÑIGA SEGURA

Nace en Lima el 12 de enero de 1832. Hijo de José Ambrosio Márquez y doña Josefina Cecilia García. Fue el primero de los escritores bohemios o románticos peruanos en escribir un drama, a los 18 años de edad.

Antes de su ingreso a la Marina fue Meritorio del Ministerio de Hacienda durante 2 años, 10 meses y 7 días, computados desde su ingreso con fecha 22 de mayo de 1848. Ingresó a la Armada el 19 de abril de 1851 (dos años antes que el tradicionalista Ricardo Palma) en calidad de Oficial 3 del Cuerpo Político. El 27 de mayo de 1852 es ascendido al grado de Oficial 1. En la época naval de Arnaldo Márquez, fue ministro del Ramo el general Mendiburu a cuyas órdenes trabajó como Secretario Privado.

Como Oficial 3, Arnaldo Márquez estuvo 1 año, 1 mes y 8 días, como Oficial 2, 1 año, 3 meses y 6 días y como Oficial 1 sirvió 1 año, 7 meses y 18 días. Desempeñó funciones de Profesor en el Instituto Militar dictando las asignaturas de Aritmética y Geografía. Se desempeñaba como director el coronel Manuel Porras y subdirector, el capitán de navío José Elcorrobarrutia.

El año 1857 tenía el cargo de Cónsul en San Francisco (EEUU), en esa circunstancia a raíz del Pacto de Londres que devino en la agresión a México, Márquez previó un ataque al Perú por parte de Isabel II de España, por lo que sin autorización alguna, mandó construir 2 barcos de guerra que el Perú necesitaba para su defensa, estos buques fueron el “Manco Cápac” y “Atahualpa”. Ante la negativa de las autoridades respecto a aprobar su decisión, renunció a su cargo de Cónsul.

Obra: *Pablo o la familia del mendigo* (1849), *Poesías* (1853), *Notas perdidas* (1862), *Recuerdos de un viaje a los Estados Unidos* (1857 – 61), *La novia del colegial* (zarzuela en tres actos y en verso) (1887), *Canto al Libertador San Martín* (1899), *Prosa y verso* (1901-1902), y *La flor de Abel* (Poema moral s/f).

La pincelada de la crónica marina de José Arnaldo Márquez que les ofrecemos a los lectores chalacos, cobra matices de prosa novelada, descriptiva e histórica.

Muere el 6 de diciembre de 1903, en calidad de indigente, abrumado por los infortunios de su vida accidentada.



JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ